

## “Una mirada feminista que revela y rebela. Huellas de mujeres en las iglesias”

DE ELENA GORTÁZAR PÉREZ-ARMAS - CENTRO DE CULTURA POPULAR CANARIA 2023

ANTONIO PANEQUE SOSA

El pasado mes de abril, el papa Francisco sorprendía a propios y a extraños concediendo el derecho de voto a las mujeres elegidas para participar en el Sínodo de la Sinodalidad, como miembros a pleno derecho. Era una decisión histórica, sin precedentes en la Iglesia Católica, toda vez que hasta ahora la votación del documento final estaba reservada únicamente a los obispos. En realidad, el anuncio de que por primera vez las mujeres y los laicos tendrían derecho a voz y voto en un Sínodo dejaba al descubierto horizontes apasionantes y respondía a una reivindicación histórica de las mujeres en la Iglesia. Finalmente el papa satisfacía estas aspiraciones y otorgaba una mayor responsabilidad en la toma de decisiones a unos estratos del cuerpo eclesial bastante olvidados tradicionalmente. Como es obvio, los hombres seguirán emitiendo la mayoría de los votos, pero esta reforma es vista como un cambio significativo en el seno de la Iglesia católica, que durante siglos ha estado regida por hombres

Porque, se mire por donde se mire, resulta incontestable que el peso de la mujer en la masa social de las iglesias supera con mucho al del varón. El santoral está repleto de figuras femeninas que tienen su proyección en la liturgia, en las fiestas populares y en el folklore. La figura de María es omnipresente, los santuarios a ella dedicados atraen la presencia de fieles en peregrinaciones masivas tanto o más que la figura de su Hijo. A juzgar por la piedad popular, casi se diría que el perfil de la devoción cristiana es más “mariano” que “cristiano”, sobre todo entre la gente sencilla. Y no solo María de Nazareth, son numerosos los templos dedicados a figuras femeninas por doquier. Se diría que en las iglesias cristianas la huella de la mujer es especialmente visible.

Ahora bien, no obstante la enérgica exhortación de Pablo en la carta a los Gálatas 3,28: “Ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”, el caso es que a lo largo de la historia, la iglesia terminó adoptando el modelo patriarcal, heredado del entorno hebreo y grecorromano, al que dio cobertura teológica, primero en el imperio romano y posteriormente en el ámbito de la cultura occidental. Las dos primeras admoniciones del mandato paulino, mejor o peor, se hicieron vida. Mas no así la tercera, tal vez por la abrumadora presión de la cultura circundante. Es más, en la práctica, el modo de referirse a Dios acabó por proyectar sobre la divinidad una imagen masculina a semejanza del papel del varón en la estructura social en que se desenvolvían. Y de ese modo terminó por imponerse una comprensión de la sociedad alterada y dañada por esa superposición de la familia patriarcal vigente en aquel momento.

La figura femenina, en el marco de ese paradigma patriarcal, vio delimitada su función a ser madre sometida al marido, recluida en el hogar con una función eminentemente procreadora, o, por el contrario, a optar por la virginidad. En cualquier caso, quedaba recluida en comunidades conventuales o similares, unas y otras excluidas de las tareas relacionadas con las restantes responsabilidades en las comunidades. De esta suerte, la ejemplaridad ideal propuesta para la mujer encontró cabida y confinamiento en este doble modelo: maternal y virginal, lejos pues de tareas relacionadas con la gestión de los grupos o asociaciones cristianas.

Pues bien, esta obra de Elena Gortázar que acaba de ver la luz busca poner de relieve precisamente la aportación de innumerables mujeres en distintos ámbitos de la comunidad cristiana en el curso de la historia. En este momento bullicioso y rompedor de transformaciones sociales, en que parecen carecer ya de valor los paradigmas de convivencia que hasta ahora regían, y mientras se prospecta todo un nuevo sistema de relaciones entre los seres humanos –un momento axial lo considera la autora–, nos encontramos ante un libro de candente actualidad, en verdad muy oportuno, igual que pertinente y necesaria es la rebelión aquí preconizada de las mujeres en las iglesias, de una forma cada vez más visible y organizada.

La autora, con objeto de rastrear y reconocer las huellas del legado de tantas mujeres olvidadas a lo largo de los siglos, presenta y analiza una amplia galería de figuras, siguiendo una secuencia histórica que abarca desde los orígenes del movimiento cristiano hasta nuestros días, proceso en el que se asoma también a otras religiones. Y lo hace abordando un área geográfica vastísima, lo que abre perspectivas culturales de gran amplitud. La obra está dividida en cuatro capítulos, a través de los cuales Elena Gortázar va examinando las huellas de las mu-

jes en las distintas fases de la historia: en la época primitiva y antigua; en el medievo; en el renacimiento y la reforma; y en la modernidad. Así, entre otras muchas, desfilan ante nuestros ojos personajes tan relevantes como María de Nazareth, María de Madgala, las seguidoras de Jesús, las mujeres del círculo del Aventino, Egeria, las intelectuales del medievo, las mujeres católicas y protestantes de la Reforma, el ecofeminismo, las mujeres bajo el nazismo, las teólogas feministas de distintos continentes, las teólogas del Islam, y un largo etc.

No se trata, ahora bien, de una hagiografía femenina. Su perspectiva es otra. Estamos ante una mirada a la historia declaradamente feminista porque adopta la premisa de la igualdad de género del ser humano en cuanto a dignidad y derechos, y porque se propone rescatar la aportación de las mujeres en las iglesias, dando la vuelta a una lectura androcéntrica de la historia, que ha tendido de algún modo a minusvalorarlas, ya sea de forma inconsciente o a sabiendas de lo que se hacía, al inscribirlas dentro de un paradigma rígidamente patriarcal.

Elena Gortázar, al subrayar el papel y la relevancia de figuras femeninas que fueron determinantes en el movimiento de Jesús desde los orígenes, aporta algunas claves de cómo y por qué esta tercera amonestación paulina cayó en saco roto, hasta que terminó por producirse este cambio sustancial, un cambio que pervirtió fatalmente la novedad contracultural de la propuesta alternativa de Jesús. Y así, la intención que revela su pluma no es otra que hacer visibles las huellas de las mujeres en las iglesias a lo largo de la historia. Por cierto, el término *huellas* que emplea como título enuncia con toda precisión y acierto la intención de su cometido. Huella es una señal que delata una presencia, el ahí de una ubicación, el lugar de una comunidad en un contexto histórico determinado (pisadas, señales reveladoras). Huella es también la impronta que revela un modo de presencia, la identidad que queda impresa y de la que deja constancia (dejó huella con su vida). La huella, además, delata el paso y su dirección, tiene que ver con el movimiento y su orientación, con el a dónde hacia el que se dirigen los pasos (seguir las huellas).

Por eso, el propósito de dar visibilidad a las huellas de las mujeres en las iglesias es dejar constancia de su presencia en ellas (indagando en su ubicación concreta en el interior de las comunidades), dar cuenta de la aportación que han dejado (estudiando el cómo, los pormenores específicos de su contribución), y señalar la orientación a la que apuntan (el rumbo a seguir en adelante, recuperando la esencia de la genuina propuesta de Jesús). Cae por su peso que sin la presencia y contribución de las mujeres sería impensable la existencia misma de las comunidades cristianas. Son ellas las que han sostenido a las iglesias, no ciertamente en su estructuración formal y jerárquica, de la que se vieron excluidas, sino en su esencia más profunda, o sea, en lo que tiene que ver con el núcleo

mismo del mensaje de Jesús: un estilo diferente de vida basada en la solidaridad y en el cuidado.

En efecto, innumerables mujeres a lo largo de la historia han conservado la esencia del cristianismo, más eficazmente de seguro que muchos agentes de un poder vertical, patriarcal y clerical. No tanto por hallarse el poder en manos de varones, sino en la medida en que faltaba la referencia básica al proyecto original de Jesús, y devenía ardua tarea, por ello, descubrir la huella del que vino a servir y no a ser servido, la huella del que tomó partido hasta dar su vida por los descartados de este mundo, la huella del que se presentó en su condición de fracasado y derrotado como la expresión misma de Dios entre los seres humanos.

En resumidas cuentas, dar realce a la aportación de las mujeres no es solo un acto de justicia y de reparación, implica asimismo asumir el reto que debe orientar los pasos de la iglesia del futuro. Con la recuperación de su papel crucial en las tareas de responsabilidad de las comunidades se busca construir una iglesia y una humanidad donde el dominio de un ser humano sobre otro ser humano sea abolido, donde el lema de la fraternidad-sororidad instituya estilos de justicia, respeto, convivencia y cuidado mutuo y de toda la vida en línea con esa salud integral de la que habla Francisco en la encíclica *Laudato Si*, donde el uso (o el abuso) del nombre de Dios para dominar vidas y consciencias sea la mayor blasfemia.

En conclusión, este libro de Elena Gortázar es del todo oportuno y necesario en estos momentos de reorientación que viven no solo las iglesias, sino la sociedad humana en su conjunto. Por eso podemos decir justamente que se trata de un libro inacabado. Cada lector puede añadir nuevos nombres, nuevos datos, nuevos testimonios, nuevas huellas en definitiva de mujeres que han labrado con sus manos, con su mente, con su osadía, las avenidas del reino de Dios. Es ésta la sugerente y cautivadora invitación que nos llega a través de una lectura que nos revela numerosos aspectos y matices menos conocidos de la historia y nos anima a rebelarnos contra todo aquello que se desvíe del programa originario de Jesús de Nazareth.